

ESTE Pueblo  
PERDIÓ SU  
IDENTIDAD

Andrés Melo Medina



©Edición 2020

**Editorial Vérité**





## **ESTE PUEBLO PERDIÓ SU IDENTIDAD**

Por: © Andrés Melo Medina (2020)

### **Vérité Editorial Group SRL**

Casa editorial de autopublicación y distribución de libros  
de la República Dominicana

Av. John F. Kennedy 7 Casi Esq. Dr. Defillo,  
Torre Empresarial Pyhex Work, 2do Piso,  
Distrito Nacional, República Dominicana

Tels: 1 809 287 5520 / WhatsApp: 1 829 814 4961 info@  
editorialverite.com / www.editorialverite.com

### **Primera edición:**

Santo Domingo – República Dominicana 2020

Diseño de portada:

**Alexander Beras**

Diagramación:

**Mery Carrero**

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN.:

978-9945-09-460-2

Contactos:

+1 809 330 0435

ESTE Pueblo  
PERDIÓ SU  
IDENTIDAD

Andrés Melo Medina















## *Capítulo I*

**C**uando el autobús comenzó a despedirse de la urbe capitalina, todavía era muy temprano, el sol no había asomado sus rayos sobre la tierra y la oscuridad de la noche se extendía sobre la ciudad como ignorando que debía desplazarse para la llegada de un nuevo día y debió haber transcurrido un buen tiempo para que iniciara la recogida de sus sombras.

Muchos de los pasajeros dormitaban sobre sus asientos, mientras otros conversaban con voz baja como para evitar despertar a los demás; Francisco, en cambio, ni dormía ni hablaba. Se envolvía en el mundo de los recuerdos . Viajaba empujado por la pasión ardiente de reencontrarse con el pueblo donde sus padres, con el permiso del Creador, lo habían traído al mundo dos decenas atrás. Allí vivió tal vez los momentos más felices de su existencia; sin embargo, se ausentó súbitamente de aquel lugar y ahora pretendía tener un reencuentro con él.

Al igual que Francisco, sus hermanos no habían regresado a su pueblo natal. Sus padres sí lo habían hecho, pero solamente en dos ocasiones y fueron fugaces, así que fue muy poco lo que pudieron contarle cuando él se atrevió a preguntarles sobre sus vivencias en este sitio.

Con la intención de realizar el viaje en el tiempo previsto, el conductor del autobús pisaba con poca delicadeza el acelerador. En el camino solo hizo una parada que no duró más de quince minutos. Durante gran parte del viaje, a Francisco le pareció ver a través de la ventanilla de cristal que quedaba a su lado, que los árboles y las casas que bordeaban la carretera se movían a gran velocidad. Hora y media después de haber ocupado su asiento en el autobús, vio con acierto que el sol nacía entre los árboles y se internaba poco a poco hasta su asiento acariciando su rostro cuando él por curiosidad movía la cortina.

Después de casi tres horas que en silencio rodaba el autobús, pudo observar parte del pueblo al que pretendía arribar. De repente, sintió un fuerte salto en el corazón y un frío se apoderó de su cuerpo, pero hizo un esfuerzo para mantenerse sereno, atribuyendo esa sensación al tan anhelado deseo de volver a ver su pueblo natal.

Unos minutos después, ya dentro del pueblo, cuando los pasajeros comenzaron a descender del autobús, a Francisco se le hizo pesado bajar, pues todo le parecía extraño, desconocido. En el momento en el que pretendió hacerlo, sus piernas se tornaron torpes, era como si hubiese caído plomo sobre ellas y un dolor de cabeza se dejó sentir de manera inesperada, pero

al fin logró pisar el pavimento y comenzó a respirar profundamente.

Se detuvo unos segundos como intentando ubicar la ruta que debía tomar. Luego comenzó a moverse lentamente, apesadumbrado, carcomido por la confusión que incursionaba en su mente. Meditaba envuelto en la soledad de un día atrapado por la brisa otoñal. Sus movimientos estaban atados al supremo juicio memorial de los más profundos sentimientos que una mente humana, ágil y vivaz podría concebir. Nublazones de ideas y cálculos inconclusos atropellaban su mente y su espíritu.

El pueblo que tenía a la vista, construido, según sus propias conclusiones, hacía años, entre retazos y manipulaciones agigantadas, era la esencia de la voluntad de un puñado de humanos. Bandadas de aves domesticadas murmuraban sobre el aire tibio de la mañana, desgonzando sus alas y volviéndolas a cerrar, orgullosas de poder visualizar desde el firmamento las vivencias de la raza humana. Erguían sus cabezas y jadeaban celebrando la pureza de sus proezas, mientras allá abajo se agitaba la esencia de la indelicadeza y, por qué no, también de la pureza, de los que confiando en el porvenir abrazaban un sentimiento lleno de fe y esperanza.

A Francisco le pareció que los edificios y las casas del pueblo se le venían encima junto a todos los árboles, sin embargo, sin conocer la causa, desde el mismo momento en que bajó del autobús, notó una atmósfera tensa, como subida de los recintos infernales; no obstante a ello, le embargaba la esperanza de involucrarse aunque fuese en lo más minúsculos movimientos

del pueblo, entrelazarse con el motivo de su arribo, aunque entendía que las cosas habían cambiado demasiado en tan poco tiempo, incluso él también había cambiado: su forma de mirar, de escuchar, de entender, aun físicamente ya no era un niño. Entonces, ¿por qué entretenerse en un juego de pensamientos, de palabras, de sorpresas?

No quería ser pesimista si conocía todas esas variables. No debía dejarse envolver por pensamientos que hasta cierto punto encontraba vanos, no veía la verdadera esencia y por eso decidió encontrarse con una razón valedera que pudiera romper con el esquema que continuaba comprimiéndolo, exigiéndole como si fuera un postulado que traía arraigado en su mente y en su corazón.

Quería y necesitaba tropezar al menos con un conocido y encontrar la verdadera identidad de aquel apartado rincón geográfico del que se había ausentado hacía tantos años. Deseaba que alguien le dijera si realmente era cierto lo que sus ojos estaban viendo y lo que su corazón sentía. Si era este pueblo el lugar donde él había nacido o simplemente se trataba del escondite de los filisteos huyéndoles a los israelitas al perder la batalla por la muerte de su más apreciado y aguerrido líder, asesinado por una miniatura humana ataviada con el poder del Inmaculado, Omnipotente y Creador de la raza humana.

En su agitado estado de incongruencias, entre los recuerdos y el tránsito momentáneo en el que se debatía su vehículo memorial, fue capaz de reproducir recuerdos de Beirut. Aquella horrenda escena de un pueblo destruido despiadadamente por seres

humanos inescrupulosos que no les importaba la vida humana. Recordó aquel horripilante momento en el que se trasladaba en esa ciudad en una misión humanitaria junto a dos compañeros, con la finalidad de darle auxilio a una familia que requería de ellos, cuando de los escombros de una vivienda provinieron varios disparos y derribaron al instante a sus dos acompañantes, dos jovencitos de apenas 18 y 19 años de edad respectivamente.

Él, por fortuna, sobrevivió. Tuvo la oportunidad de cubrirse con un poderoso escombros de concreto armado y se mantuvo allí quieto por casi quince minutos. Cuando creyó que el peligro había cesado, logró acercarse a sus compañeros y fue entonces cuando tuvo la certeza de que estaban muertos. Compungido por el dolor, entre lágrimas y sin poder encontrarle lógica a lo acontecido, miró al cielo e imploró a Dios fuerza y misericordia a la vez, pensando que solo así podría moverse y asimilar el golpe recién recibido, como si lo sucedido hubiese sido un caso aislado.

Sin embargo, en aquel lugar, los acontecimientos eran la sumatoria de hechos reiterados que a lo mejor para muchos seres humanos insertos en este rincón geográfico eran catalogados como eventos normales, dada la barbarie sostenida en la que vivían los residentes de aquel complicado pueblo, aquello era como una selva del África donde el salvajismo de las fieras no tiene límite.

Una fuerza inusitada se apoderó de aquella adolorida criatura con municiones incrustadas en varias partes del cuerpo y pudo llegar hasta donde irían antes del incidente, pero la familia ya había desaparecido. ¿Un

golpe de suerte les fue obsequiado a aquellas indefensas personas? Se preguntó Francisco sin hallar respuesta, porque jamás supo de ellas. Sin embargo, no dudó de que fueran acribilladas como sucedía a menudo con familias indefensas a causa de la lucha entre diferentes etnias que convivían en aquella ciudad.

Gateando entre escombros llegó hasta una panadería donde varias personas se apiñaban con la intención de abastecerse de pan, alimento de primacía en ese proceso de guerra. Compró pan y más tarde llegó hasta su destino final a reunirse junto con los demás compañeros de infortunio y valentía. Les informó de lo acontecido y, tres días después, recibieron instrucciones de que se dirigirían hasta Kosovo a colaborar con el grupo de Médicos sin Fronteras.

Se detuvo súbitamente reprimiendo sus recuerdos. Fijó su mirada a lo lejos, allá donde el reflejo del horizonte proyectaba el espejismo de las nubes y el mar cuando se unen para crear un solo cuerpo. Entonces contempló innumerables cosas al mismo tiempo. Se sintió agotado, y el crecimiento de las dudas superó las expectativas, sin entender todavía la perturbación mental que se había apoderado de él desde su arribo a aquel terruño.

Bajo unos árboles que brindaban sombra y a la vez embellecían la calle por donde transitaba, vio un trozo de tallo de un árbol recién cortado y decidió dejar caer su fornida anatomía sobre el improvisado e inerte asiento. Sus cáscaras eran como grandes escamas y los cortes transversales eran lisos y suaves. Arriba, lo que fungía de asiento, a diferencia de sus laterales, era un poco ligero pero sin arrugas, lo que le permitió

sentirse cómodo mientras estuvo allí sentado. Detrás de él había árboles y algunas casas; en frente, muy cerca, estaba la calle en aparente abandono.

El ambiente continuaba tenso. El aire, a pesar de la brisa, era caliente y el polvo olía a estiércol y orine, denotaba un efecto de espurio y tedio que se volcaba sobre él. Su habilidad como intérprete de vasta experiencia se desvanecía en un mundo confuso, pero Francisco era fuerte y, aunque a veces olvidaba la razón verdadera de su presencia en aquel lugar, volvía a restablecer su verdadero fin y procuraba mantener el interés olvidando las adversidades perturbadoras e inexplicables. Buscaba proseguir la ruta. Todo esto le provocaba cansancio y hasta un poco de desasosiego. Su cuerpo recogía las partículas que se dejaban caer por el viento y, aunque lo percibía, poco le importaba.

¿Su mente estaría pasando por un proceso de adecuación? Podría ser. Nada, absolutamente nada, tendría una explicación lógica para negarlo. ¿Qué estaba sucediendo? Se preguntaba sin hallar respuesta a su interrogante. Jugó a las matemáticas, luego al mundo literario y, más tarde, se revolcó en la metafísica enumerando decenas de conceptos de cada una de estas ciencias, hasta que se dejó llevar por la presteza de esta última. Uniendo la metafísica con su creencia inconfundible en el cristianismo, tuvo la certeza de que se trataba de huestes de las tinieblas que deambulaban misteriosamente haciendo estragos en el pueblo por mandato de Lucifer, el genio de la maldad.

Había transcurrido tantos años, desde aquel momento en que abandonó este destino pueblerino con la intuición de que en otro pueblo o país podría